

Los pecios romanos de Tarifa.

Cerca de la antigua ciudad árabe de Yazira Tarif, se extiende hasta la orilla un denso bosque de pinos que halla continuidad bajo el mar, donde crece este otro bosque, oculto y sumergido.

En la estratégica zona del estrecho de Gibraltar se encuentra la Punta de Tarifa, el lugar más meridional de la Península Ibérica. Aquí se localiza la divisoria entre las aguas del Mar Mediterráneo y las del Océano Atlántico.

A pesar de que en la zona se producen fuertes corrientes, las laminarias del género *Saccorhiza* se mantienen vivas y ancladas a las rocas.

Estas algas pardas pertenecen a una especie poco frecuente que puede alcanzar los dos metros de longitud. El estípite y la lámina se pierden en otoño y se regeneran a la primavera siguiente.

Como todos los bosques, este también tiene moradores misteriosos, criaturas que parecen salidas de la imaginación.

La raya mosaico se llama así por el curioso diseño de su piel, que le permite pasar desapercibida.

Vive en los claros de arena que quedan entre las algas y tiene hábitos nocturnos.

Las profundidades de este bosque, sus fondos de arena, encierran aún otros secretos y leyendas.

Las algas laminarias han encontrado aquí un curioso soporte rígido sobre el que implantarse: cientos de ánforas de cerámica esparcidas por el fondo, la antigua mercancía de un barco, hundido y olvidado hace siglos.

Los pecios son frecuentes en estas costas pues el tráfico marítimo ha sido intenso desde la Antigüedad.

La ciudad romana de Baelo Claudia fue fundada a final del siglo II a.C. al oeste de la ensenada de Bolonia.

Como estaba enmarcada hacia el interior por el arco montañoso de las Sierras de la Plata y San Bartolomé, el mar constituyó su principal medio de comunicación, además de su fuente de riqueza.

La pesca del atún y la elaboración de salazones y conservas de pescado se convirtieron en objeto de un intenso comercio con el norte de África.

A pesar de los devastadores efectos de un maremoto en el siglo II, Baelo Claudia continuó activa hasta el siglo VII.

Los restos de los naufragios, huellas de aquella intensa actividad marítima y comercial, siguen siendo víctimas de la ambición humana. Lo que el mar ha conservado durante cientos de años desaparece en pocos meses a manos de los expoliadores, auténticos ladrones de la historia de la humanidad.